

La lentitud, de Milan Kundera

MIGUEL BARBERENA

Milan Kundera —lo cuenta su esposa, Vera— siempre quiso escribir una novela en la que no hubiera una sola palabra seria. "Una gran tontería por puro gusto...", dice *madame* Kundera mientras observa a su marido espiar por la ventana de un castillo francés —hoy convertido en hotel "Cinco Estrellas"— a una pareja que discute *La filosofía del tocador*, del Marqués de Sade, una conversación entre dos hombres y dos mujeres desnudos en medio de una orgía... La escena ocurre en la página cien de *La lentitud*, la novela poco seria que Kundera quería escribir y ahora publica la editorial Tusquets. ¿Un Kundera *ligh*t, entonces? Desengañense: este escritor checo es demasiado profundo y se toma demasiado en serio —el heredero de Hermann Broch— como para caer en insoportables ligerezas... Pero ahora, en vez de escribir otra "sinfonía" literaria dodecafónica al estilo de Schoenberg, optó por un "Divertimento" tipo Janacek... Lo único "ligero" en *La lentitud* es el peso: 160 páginas en lugar de las 450 a las que Kundera nos tiene acostumbrados. Por lo demás, el libro es el "eterno retorno" de Kundera a su obsesión: desarrollar el arte del contrapunto novelístico a través de ensayos filosóficos novelados (¿o novelas filosóficas?) sobre las grandes cuestiones existenciales. "¿Por qué habrá desaparecido el placer de la lentitud?", es la gran cuestión que ahora plantea Kundera para denunciar nuestra época histérica, enloquecida por el culto a la velocidad, hasta en el sexo. Kundera es pues un nostálgico. Su *Edad de Oro* es el siglo XVIII francés, cuando la gente tenía tiempo para pasear largamente en calea... El Marqués de Sade, Casanova, Choderlos de Laclos —el autor de *Las relaciones peligrosas*-, "una de las más grandes novelas de todos los tiempos", según Kundera— son los libertinos que aparecen en el libro. También lo hacen los personajes de *Pas de landemain*, otra novela de la época: un gentilhomme de veinte años y una Marquesa que, después de atraerse en la Opera y de "un viaje grato y placentero" en carruaje, hacen el amor toda la noche, lenta y perversamente —a escondidas del esposo y del amante de la Marquesa... El encuentro ocurrió en el pabellón junto al Sena que Kundera observa desde la ventana de su habitación en el castillo-hotel. Sí, ¡qué tiempos aquellos! En el siglo XVIII la gente sabía al menos esconder bajo finas maneras sus placeres y perversiones. Hoy, en cambio, observemos la segunda historia de seducción que desarrolla Kundera: Vincent, veloz motociclista, se "liga" en cinco minutos a Julie, la mecanógrafa, pero ni siquiera logra la erección al tratar de penetrarla junto a la piscina del hotel-castillo, a la vista de todos. Ya no sabemos encontrarle placer a la vida; la cruzamos rápidamente, con semblante gruñón, al igual que los entomólogos, periodistas e intelectuales "bailarines" que también pueblan esta novela. Otros personajes que sirven de "líneas narrativas" a *La lentitud*: Henry Kissinger, Jean Hus y Beethoven... Kundera se sirve de la rapidez con que vive el hombre moderno para exponer dos "ecuaciones existenciales: el grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria; el grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido". O sea: nuestra época se entrega al demonio de la velocidad y por eso se olvida tan fácilmente a sí misma y, a la inversa, está obsesionada por el deseo de olvidar y, para realizar ese deseo, se entrega al demonio de la velocidad... Al final de *La lentitud*, Vincent y el gentilhomme de blanca peluca se encuentran a la salida de aquel "castillo embrujado" e intercambian palabras... Kundera contempla la escena y confirma que ha llegado el momento de escribir su tontería por puro gusto y pedir al mundo una breve pausa para que "contemplemos las ventanas de Dios", como dicen los checos...

Periodista, crítico literario. Corresponsal del diario *Excelsior* en Moscú (1990-93) y en Bruselas (1993-95). Ha publicado habitualmente en la revista *Plural*.